

mido sentado á su derecha. Estaba seguro que me había odiado siempre; pero su mirada me hizo comprender que la escena de la *Lucha* y del *Grito* había envenenado terriblemente su odio y que guardaba en su pecho el propósito de una venganza.

—Ahora le toca á él, — pensé, — vayamos con cuidado. Esperé con el oído alerta.

Mi corazón no me había engañado. Apenas había pasado un minuto, cuando ví hablar de aquella manera especial y marcada las silabas que usan las gentes cuando quieren hacerse oír de alguien que no es su interlocutor. Tenía una voz extraña que parecía salirle de las narices con un soplo de jeringa vacía. El periódico que tenía entre manos fué el Galeoto de su venganza.

—¿Ha visto?—preguntó á un vecino.—Han disuelto la Cámara de trabajo de Liorna.

Después de una pausa, añadió:

—Parece que Codronchi se decide á proceder con energía en Sicilia. Ha disuelto también la Federación socialista de Corleone.

El señor adormilado contestaba con monosílabos de aprobación.

—Me parece que va á poner las cosas en regla. Ha hecho ya secuestrar el libro de Giruffrida...

—Escrito en la prisión.

—Garabateado en la prisión.

Creía que hubiese acabado, pero se veía que el hombre estaba bien provisto de materiales de guerra. Hizo resaltar la «buena acogida» hecha á silbidos, que los operarios del horno de Abbi habían hecho á los diputados socialistas franceses.

—Ahora quedaré libre,—pensé.

No; no tuvo compasión, dijo pestes contra la amnistía que se anunciaba en favor de los presos políticos. Afirmó que siguiendo tal sistema debería darse la libertad también á todos los facinerosos de Sicilia y Lurisjiana.

Me asaltó una tentación y estuve á punto de ceder á ella. Quería preguntarle por qué no me decía asimismo que había sido asesinado el bandido Tiburzi en Orbetello. Pero no quise turbar su alegría. ¡Ah, la sentía! Debía sonreír infernalmente como Jacinta Pezzana en el *Maria Stuardo*, cuando exclama:

*Ella si parte. Col pugnale nel cuore. Oh vindicata, ¡Io son! ¡Divina gioia!*

Sin embargo no sentía sino una expresión de estupor:—que dos hombres viviendo á un tiempo y perteneciendo á una misma clase, pudiesen pensar y sentir tan opuestamente acerca de la más alta cuestión del tiempo presente, y de estar tan ciertos de sentir odio hacia una civilización y una raza que se empeñan en ir hacia adelante, y que no pueden realizar su aspiración gracias á los obstáculos que gente parecida á ellos ponen en su camino. Guyot no habló más; pensaba ciertamente que ya no tenía yo resuello en el cuerpo. Yo me hice el muerto para mantenerle su ilusión; pero la palabra *facinerosos*, dicha por él, despertó en mí una sospecha; aquella palabra, según recordaba bien, estaba estampada dos veces en la carta anónima que había recibido después del asesinato del Presidente Carnot. ¿Era suya aquella carta? En tanto que esclarecía aquella idea, bajé en la esquina de la calle del Arzobispado y se alejó con paso de triunfador, sin

dignarse dar una última mirada á lo que quedaba de mí en el tranvía. En toda su persona transparentaba la soberbia certeza de haberme anonadado.

\*  
\*  
\*

En la misma línea, partiendo de la barrera del Foro Boario, en la hora que se deja de paseo á los soldados, ví durante la tarde siguiente, una escena nueva y bellísima; un coche lleno de artilleros, con una monja en medio, de las que están adscritas al servicio de la cárcel vecina; la cual parecía la imagen de santa Bárbara, protectora del arma, escoltada por un grupo de sus guerreros que la conducían en triunfo á Turín. Estaba en el freno el protegido de doña Quijotina. Apenas lo reconocí fui á sentarme al lado suyo para ver si se hallaba embriagado. Me dió una ojeada como si ya me conociera, y partió. Tenía el rostro encarnado y cejijunto, como de costumbre. En aquel momento estaban tendidas las cadenas porque debía pasar el tren de Milán y había que esperar algunos minutos. Apenas estuvo parado el tranvía, cuando saltó, y corriendo hacia una taberna cercana, pidió una «bala rasa.»

El cobrador le gritó:

—¡Aquí está madama!

Al oír aquel grito se paró y volvióse mirando á todos lados.

El otro soltó una carcajada y entonces él se encogió de hombros y bebió. Aquella *madama* no podía ser otra que doña Quijotina, conocida por sus colegas como protectora suya y adversaria decidida de los borrachos.

Comprendí, sin embargo, por el modo de pararse cuando sonó su nombre, que el pobre cochero podía aún salvarse, puesto que temía tanto las reconvencciones de aquella señora. Subió al tranvía enjugándose la boca con el dorso de la mano, y soltó por su boca toda la filosofía que había metido en su cuerpo aquella copa de veneno. Caían las hojas secas de los árboles en el paseo de Oporto: empezó á disertar sobre aquellas hojas, como si hablase á los caballos. Una, dos, tres, hasta ciento y hasta mil. Las fué contando hasta diez ó doce, y diciendo que eran las mensajeras del invierno. ¡Cuántas cosas le anunciaban aquellas hojas! Las largas eternas jornadas de lluvia y viento azotando su rostro, la nieve fina y helada, la noche, desde las cinco de la tarde, los trayectos interminables entre la nieve, interrumpidos por largas paradas, por descarrilamientos, por caídas de caballos, por fatigas de negro. De repente se volvió hacia mí, como hacia un conocido. ¿Cómo pasaría el invierno su pobre hija, con aquella voz maldita que le desgarraba el alma? Decíanle que el aire del mar la hubiese mejorado; pero no le decían el nombre de la fonda donde la mantendrían gratis. Con quien no tiene

dinero, la muerte no hace cumplidos. Únicamente la gente rica puede decirle que se espere. Y después de estas palabras, me dijo que tenía una hija única, la cual estaba enferma, no había mejorado después de cierta desgracia; pero no me dijo qué desgracia era aquella.

Cuando el tranvía estuvo á punto de atravesar el paseo Humberto, adquirió fijeza su mirada y su rostro se puso más ceñudo, sin que comprendiera yo la causa. No la comprendí sino cuando en el paseo de Oporto, ví bandadas de chiquillos que salían de la escuela municipal de Monviso. Entonces principió para el pobre hombre una verdadera tortura. Los muchachos, corriendo y jugando, pasaban y repasaban á través de los carriles, á poca distancia de los caballos, como para burlarse del peligro, y el desdichado cochero, con el rostro trastornado, rogaba, amenazaba y juraba en vano, apretando fuertemente las riendas con las manos temblorosas y girando en torno suyo los ojos dilatados y temerosos, ante los cuales se alzaba la visión espantosa del niño arrollado y muerto. Y en el rostro y en todos los movimientos de su persona, mostraba un contraste violento y doloroso entre el deseo de salir pronto de aquel paso y la repugnancia y casi el temor de apretar la marcha de los caballos, como si además de los muchachos que corrían hubiese algún obstáculo en la vía, que solo él pudiera ver. Cuando finalmente llegó á la calle Veinte de Septiembre lanzó un largo suspiro, y se enjugó el sudor que le corría por la frente.

Durante toda aquella calle no habló más. Me fijé cuando pasó por el punto donde había ocurrido la

desgracia; pero no volvió la cabeza y sostuvo la mirada hacia adelante, con la frente alta y con una atención tan sostenida, que se veía claramente que era forzada. Sólo cuando llegó al camino Margarita volvió á mirar las hojas que caían y le ví hacer consideraciones sobre el invierno.

—Una, dos, tres y poco á poco, una después de otra, todas caerán; los árboles pierden el cabello, se siente ya el olor del día de los muertos. Este invierno será más triste que el verano. ¿Qué le parece? ¿Ha habido nunca un año más desdichado? Habrá ciertamente una gran mortalidad. Por lo que á mí hace... Irse, es ir ganando... ¡Pero ver como se marchan los otros... ¡Oh, qué mundo tan horrible!

De repente inclinándose hacia adelante como para echarse fuera del parapeto, clamó un: fúeral tan estridente que me hizo pegar un salto.

Un muchacho descalzo había atravesado la vía tocando casi el morro de los caballos con su cabeza.

—¡Ah, estos muchachos!—exclamó con voz en que casi se sentía el llanto,—¡estos muchachos me harán morir desesperado!

Y cuando paró el tranvía junto á la barraca Manuel Filiberto, tiró las riendas sobre la barandilla de la plataforma con un movimiento desesperado.

Aquellas últimas jornadas del mes fueron las más placenteras del año. Acostumbraba á salir yo de Porta Palazzo por donde pasan y de donde arrancan ocho líneas que van directamente á los suburbios más lejanos. Mi línea preferida era la de Puente Isabel, la cual recorrí por última vez, una de aquellas suaves y claras mañanas de fin de Octubre, en que se confunde la sonrisa de la estación que marcha, con la melancolía de la que viene, en tanto que parece sentirse por el aire vibrar un adiós prolongado. Atravesado el centro de la ciudad y recorrido un gran trecho de aquella interminable calle Cristina, cuyo fin casi no alcanza la mirada, se tuerce por el riente camino de Raffaello y desde allí se sale al campo libre, pasando por delante de los nuevos edificios universitarios, á los cuales los altísimos minerales dan el aspecto de un enorme palacio oriental. Aquí nada habla de lo pasado, todo es alegría y esperanza y parece que no se siente el rumor ni se respira el humo de la batalla de la vida. Se atraviesa una pequeña ciudad en pleno crecimiento, cuyas calles llevan nombres de poetas y de artistas, en que pocas casas rústicas resisten todavía el asalto de quintas y palacios, brillante vanguardia de la ciudad que avanza por todas partes. Se llega después al paseo Dante; de allí surge todavía otro suburbio pequeño que va hasta el paseo Galileo, última onda de Turín, á morir entre los campos. Se llega al cabo por el camino de Moncalieri á la falda de las colinas donde el tranvía se pára entre la soledad y el silencio.

Bajé allí para esperar que se volviera á partir admirando un panorama vasto y sereno. De una

parte se ven las orillas serpenteantes y solitarias del Pó, estrechado y ensombrecido por los bosquecillos, y la pirámide del Monviso en el horizonte, cubierta ya de nieve; de otra, se vé el agua brillante y amplia donde se refleja una aldea medioeval; más allá el rojo castillo del Valentino; la mole Antonelliana que se destaca sobre el azul del cielo; y á mi derecha la colina que empieza á subir y que ostenta la gran mancha de un pinar, á guisa de una cabeza gris con un mechón de pelo negro. Todo era terso y fresco, el aire embalsamado, llevaba en sus alas los olores de una vegetación de otoño; parecía sentirse todavía el último estremecimiento de la primavera y el primer sople del invierno.

Subió al tranvía una pareja de enamorados que se daban la mano. Volvían de un paseo romántico con el rostro animado, excitado por la frescura y la caminata, y luminoso de amor. El cochero canturreaba mirando los Alpes. El gran silencio no era interrumpido sino por aquel hilo de voz, y por los golpes que daban con sus palas las lavanderas del río, que no se veían... Era uno de aquellos momentos en que se acuerda uno sin querer de la vejez, y se entristece. Miraba los dos amantes y pensaba:

—Estos son el Abril, y yo.. el mes corriente.

Veía más allá del puente la hostería del *Olimpo*, solitaria y cerrada, que me recordaba alegres banquetes juveniles, amigos muy caros y ardientes, discusiones literarias. ¡Cuán lejanos me parecían las casas, los amigos y las ideas discutidas! y sin embargo experimentaba un bienestar vago en el seno de aquella paz, como el sentimiento de una dulce resignación, y el principio de un reposo infinito.

Sentí con disgusto el grito brusco del cobrador:

— ¡En marcha!

Como si me hubiese dicho:

— ¡Andando! Valvamos al estrépito de la ciudad y la pelea de la vida, volvamos á trabajar y á envejecer.

\*  
\*\*

Ocurrió una de aquellas escenas que no se olvidan en la línea de la Crocetta, uno de aquellos encuentros inesperados que nos dejan estupefactos y pensativos como si tuviesen el significado recóndito de un aviso del destino.

Al torcer desde la plaza Carlo Felice á la calle Sacchi, subió al tranvía un revisor de unos cincuenta años, pequeño y regordete, con un enorme bigote rojo que le ocultaba media cara, y empezó á pedir los billetes pasando por el estrido. Por el cuidado con que se aferraba á los montantes y con que ponía el pie para no resbalar, pensé que era nuevo en el oficio, para el cual no se prestaba mucho su corpulencia. Cuando estuvo cerca de mí en la plataforma, le oí decir con voz fuerte al cobrador:

— Está en el número 136.

Aquella voz despertó un recuerdo en mi memo-

ria, pero tan lejano y confuso que desapareció en seguida, como la sombra de un pájaro que pasa. Estando vacío el último banco, el inspector se metió entre este y el siguiente para tomar los billetes de los pasajeros que estábamos de pie. Cuando estuvo delante de mí, me dijo llevándose una mano á la gorra:

— El billete, caballero...

Quedó con la boca abierta y la mano en el aire mirándome el rostro. Nos miramos así unos segundos como con estupor, y luego en el mismo momento, salió su nombre de mi boca y el mío de la suya. Un movimiento instintivo hizo que adelantara la cabeza, pero en seguida la echó atrás; pero yo avancé la mía y le besé en la mejilla; me devolvió el beso y quiso hablar pero no pudo. Sonreímos ambos con el pecho un poco oprimido. Una oleada de recuerdos atravesó mi mente en un instante; la escuela de Módena, su casita de hierro en la esquina de la sala de la cuarta escuadra, una discusión acerca de la utilidad del orden disperso bajo un árbol del jardín ducal, el capote gris claro que había traído del Colegio militar de Asti, y un breve encuentro que tuvimos en la calle de Piadena, durante la guerra del 66. Hacía treinta años que no nos habíamos visto y no había sabido ninguna noticia de él.

— ¿Y bien? ¿Y bien?...

La conversación se interrumpió; había gente alrededor. Vi que le temblaban los labios; no se podía hablar. Me hizo una seña con la mano como para decirme:

— Más tarde, — y siguió revisando los billetes.

Inspector, después de treinta años. ¡El! Por qué vicisitudes había pasado. Recordé su habilidad para hacer planos topográficos, su constante buen humor, la resignación de buen muchacho, de que daba constantes pruebas y que hizo que una vez fuera al calabozo sin quejarse, á pesar de que no había tomado parte en el escándalo por el que se le castigaba. Luego, escudriñando en mi memoria, parecióme recordar que muchos años antes me habían dicho que había ido á América, donde hacía de maestro de escuela. Esperé con impaciencia que bajaran los pasajeros para interrogarle y para decirle la buena impresión que siempre había guardado de él. Pero de repente bajó. Desde la calle, me hizo todavía un saludo sonriendo, pero con una ligera impresión de tristeza, luego volvió la espalda y caminó hacia el paseo.

Conservaba su mismo modo de andar, y el aspecto que tenía de joven, no había desaparecido del todo con los años. Le seguí con la mirada mientras pude, con un sentimiento de estupor y de tristeza, pensando que, un día solo, un punto de mi vida, hubiese podido hacer que otro amigo mío, aquel mismo día, me encontrase en aquel tranvía con aquella gorra galoneaba en la cabeza, diciéndole:

— Caballero, el billete...

Desde aquel día no le he vuelto á ver más.

\* \*  
\*

A esta aventura novelesca, procedió otra de escándalo, que quisiera no haber presenciado y que cuento, sin embargo, para no dejar de decir nada de cuanto puede suceder en el tranvía. Pero quizás hubiera podido preveer una escena parecida, observando pocos minutos antes aquella jardinera, cuando subía la plaza del Estatuto. Parecía que toda era gente de paz. Había en el banco del fondo un concejal y un médico militar de uniforme; un poco más allá, un general de brigada retirado, que leía la *Gaceta de Turín*; dos profesores de la escuela Sclopis, señoras, señoritas, caras respetables de grandes contribuyentes y de empleados de cierta categoría. Reinaba entre aquella concurrencia una paz octaviana; el murmullo de las conversaciones lo ahogaba el ruido de la carrera de los caballos lanzados al galope; no había ningún indicio de lo que iba á ocurrir. De súbito oí el ruido de un bofetón y dos gritos furiosos:

— ¡Ladrón! ¡Canalla! — y volviéndome, vípeleándose dos caballeros sin sombrero, que con una mano se tenían agarrados por el cuello y con la otra se pegaban á más y mejor. Una señora gritaba, otras querían bajar, corrían los hombres por el estribo para separar á los contendientes, y de éstos no se veía más que dos cabezas rojas por la cólera y dos puños que se alzaban y bajaban. La lucha cesó de pronto; pero los dos enemigos no se estuvieron quietos, sino que continuaban cogidos por el cuello, y mirándose á los ojos como para decir:

— Si no pegas no te pego; pero si das te reviento. Aquel grupo sobre aquel coche que corría, hacía

un extraño efecto como un cuadro piástico que obtara el premio sobre un carro de carnaval.

Apenas había parado el cochero, cuando los dos campeones se aquietaron y volvieron á sentarse, acordándose súbitamente, de que habían quedado sin sombrero. Entonces continuó la marcha. Tampoco entonces pude verlos bien porque los demás estaban en pie comentando lo ocurrido; no pude comprender á punto fijo de qué se trataba, porque cada cual contaba la cosa á su modo. Decían unos que la pelea había empezado porque uno de los adversarios echaba el humo de su cigarro al rostro de la mujer del otro; otros afirmaban que el pie de uno había tropezado por descuido con las piernas de la señora, y aseguraban los de más allá, que no se trataba de un pie, sino de una mano investigadora. En lo que convenían todos era en que la bofetada marital la había impulsado un *torpe!* opuesto por el otro á una observación vivaz. Finalmente, cuando se aquietaron los ánimos y se sentaron todos, reconocí la triada por los rostros pálidos y convulsos; una bella mujercita con la nariz remangada, un marido con el rostro ceñudo y un rubio amojamado con el bigote subversivo á la última moda. Fué el cochero, un individuo que tenía la cara burlona, quien revolviendo en la boca una colilla, dedujo la moraleja del suceso.

—En vano,—dijo entre dos bocanadas,—se dice bien educados, mal educados, señores y pobres, cuando hay de por medio una *hembra*, todos se arreglan del mismo modo...

\*  
\*  
\*

Con esta aventura vulgar, hubiese debido cerrar el mes de Octubre, si no me hubiera dado la ocurrencia de subir, la penúltima noche del mes, en la jardinera de las Afueras, en el cruce de los paseos Oddone y Margarita. Al subir vi un sombrero y una cabeza que no reconocí en los primeros momentos, pero luego, fijándome más, vi que pertenecía á un conocido mío, que tres años antes me había dado algunas indicaciones acerca del trabajo de los muchachos, cuando pensaba yo escribir una obra sobre las fatigas precoces de los niños. En el mismo instante, vi al lado de aquél, al mismo á quien un día dí un caramelo, al obrero y á su mujer. Vi pasar por los ojos del marido en el momento en que se fijó en los niños el recuerdo de aquella escena. No era ya sino una sombra, pero todavía había rencor allí dentro, y al propio tiempo advertí una mal celosa impresión de estupor al ver que era conocido y que me saludaba tan amigablemente su compañero. Sentéme volviendo la espalda á él y á los otros tres y sentí como una vaga espectación, pensando que la curiosidad haría que el obrero preguntase á su amigo, quién era el desconocido á quien ofendió y que una sola palabra hubiese disipado aquella antipatía ciega, nacida, como tantas otras, no del re-

sentimiento de una ofensa padecida, sino de la conciencia amarga y despechada.

Apenas estuve sentado, oí voces remisas, por lo cual comprendí que las cabezas se habían acercado, pero duraron pocos segundos y la brevedad del coloquio me hizo suponer que, mi nombre, en caso de haber sido pronunciado, no le causó ninguna impresión. Durante unos momentos creí que hablaba sin mover los labios y yo le contesté de la misma manera:

—Mira como te has engañado.

Fué un alfilerazo en el corazón el que tú me diste, pero no creas que lo he guardado. Lo comprendí. Estabas sin trabajo, abandonado, infeliz, estabas indignado contra la sociedad y te pareció una burla que ésta alargara un caramelo á tu hijo, mientras os negaba el pan á su madre y á tí. Piensa, pues, si te he comprendido.

Pensaba que, quizá hubiera querido decirme alguna palabra que expresara su sentimiento, pero no comprendía de qué manera lo hubiese podido expresar, sin hacer violencia al propio orgullo, esa violencia que en propios casos no había podido hacer yo al mío. No hará ni dirá nada, pensaba, me saludará en el momento de bajar y nada más. Me quedaré contento. Con tal que haya cambiado de sentimientos, ¿qué importa que me lo diga con palabras? Me engañaba. En el momento en que llegamos á la calle de San Mauricio, oí de nuevo un rápido murmullo detrás de mí, luego, un breve silencio, después algo así como mujeres que cambian de sitio, y en tanto que me preguntaba en qué pararía

todo aquello, sentí primeramente su aliento junto al oído, luego una manecita sobre el hombro, después una boca infantil que me besó en la mejilla. Me alargaban el niño que era el mensajero mudo, la prenda palpitante de la reconciliación. Podéis imaginaros cómo lo recibí.

